Homilía XV Domingo del tiempo ordinario, curso 19/20, ciclo A.

Cuando los cristianos escuchamos esta parábola de Jesús, a menudo pensamos que nosotros somos esa tierra buena, donde la semilla cayó y dio fruto. Y sí, esto es cierto, porque si tenemos fe y estamos aquí es porque, evidentemente, alguien alguna vez sembró en nosotros la semilla de la Palabra y ésta hizo su trabajo en nuestro corazón y nos hizo los cristianos que somos.

Pero hemos de tener presente también que en nuestro corazón no solo hay tierra buena. En efecto encontramos también todos esos terrenos donde la Palabra no pudo arraigar. Hay zonas que son como el borde del camino, es decir que la Palabra no puede penetrar y queda en la superficie. Cuando vivimos instalados en la superficialidad, no nos paramos a pensar y a discernir los caminos de Dios y simplemente nos dejamos llevar por la corriente, la Palabra no nos hace efecto. Entra por un oído y sale por el otro. No la entendemos, no la hacemos nuestra y por tanto no la vivimos.

El terreno pedregoso de nuestro corazón, está formado por esas “piedras” o “pedradas” que fabrica nuestro ego, con su afán constante de preocupación por sí mismo, piedras que impiden a la Palabra echar raíces, porque bloquean la espiritualidad, no la dejan desarrollarse plenamente.

La zona de abrojos, es la zona de nuestras pulsiones y afectos desordenados, que nos despistan o desvían de lo que Dios quiere de nosotros. Nos dejamos seducir por afanes y pasiones que debilitan nuestra fe y nuestra vocación cristiana.

Y por último está la zona del corazón formada por tierra buena. Escuchamos la Palabra, la entendemos, la ponemos en práctica, la vivimos y eso nos da plenitud, felicidad, nos llena de entusiasmo y sentido en la vida.

¿Cómo podemos expulsar del corazón las zonas superficiales, los abrojos y las piedras? Por nuestras solas fuerzas no podemos. Solo Jesús puede ir ganando terreno en nuestro corazón, si le dejamos. Para ellos dos cosas:

1. Pasar horas con Él. Así, como por “contagio”, nos irá inspirando su misma manera de pensar, sentir, obrar.
2. Identificar y reconocer nuestras zonas no evangelizadas. Compartirlas con nuestra comunidad de referencia, pedir ayuda a nuestros hermanos. La debilidad cuando es asumida y compartida se transforma en fortaleza. Y sobre todo pedir al Señor que Él vaya penetrando en esas áreas indómitas y que transforme piedras, abrojos y superficialidades en ocasiones de crecimiento espiritual, o sea en “tierra buena”.

Mn. Antoni Reina